

Del exilio y otras soledades

Miguel-Ángel Baldellou

La obra realizada en el exilio por arquitectos españoles ha sido objeto de estudio por mi parte desde los años 70 del siglo pasado. Fruto de mi preocupación por el tema, fueron la organización de un Encuentro en Santiago de Compostela, en 1975, con los arquitectos exiliados Sert, Candela y Bonet, el estudio realizado para el Ministerio de Cultura en 1977, sobre la obra de los arquitectos exiliados, inédito, la publicación de una monografía sobre Antonio Bonet en 1978, y la dirección de varias tesis doctorales sobre la obra de alguno de los autores más significados.

El texto que sigue fue redactado como Conferencia inaugural en el *Coloquio Internacional 2014. Arquitectura y Exilio. Las diásporas europeas de la primera mitad del siglo XX y su arraigo en América* (9 a 12 Junio de 2014) y fue leído como videoconferencia.

No llegó a publicarse. Sin embargo, recoge y resume mi opinión sobre el tema del exilio y sobre la arquitectura de alguno de sus protagonistas. En general, creo que, como respecto a otras circunstancias, el juicio sobre la calidad de la obra realizada no debe supeditarse a los afectos. [M.-A. B.]

Nota del editor

La estructura de la revista P+C necesita un número suficiente de aportaciones gráficas como acompañamiento a los textos que publica. En este caso, el acopio de imágenes del texto original ha sido complementado con algunas otras, concordantes con el contenido del mismo. Los pies de las ilustraciones dan razón de su procedencia original o complementaria.

Corresponde a los inicios de la Democracia la invención del Exilio. Aunque los griegos del siglo VI lo llamaron Ostracismo. Consistía en un alejamiento de la ciudad, decidido democráticamente, en asamblea, y por un tiempo de diez años, permitiendo su regreso una vez transcurrido ese plazo, del ciudadano afectado.

Aunque pensado en inicio como defensa de los abusos de poder o de las corrupciones practicadas por los tiranos o por funcionarios de lo público, terminó por convertirse en instrumento de la tiranía.

Hoy aún perdura su huella de aquel trato cuando decimos que alguien "sufre el ostracismo" de su grupo social. Sufrimiento y exclusión son inseparables. Aislamiento y soledad, también.

En cualquier caso, como primera formulación de lo que hoy conocemos como exilio, ya contiene el ostracismo algunas de sus actuales características.

Entre ellas, la del «fracaso»: de un proyecto vital, de unas ideas, de una vida que se trunca por el exilio. También la incertidumbre: de una vida a empezar en un contexto extraño en principio. Y una sensación de transitoriedad que sólo se resuelve por la vuelta al origen. Porque todo exilio se convierte en dos: el de la ida y el de la vuelta.

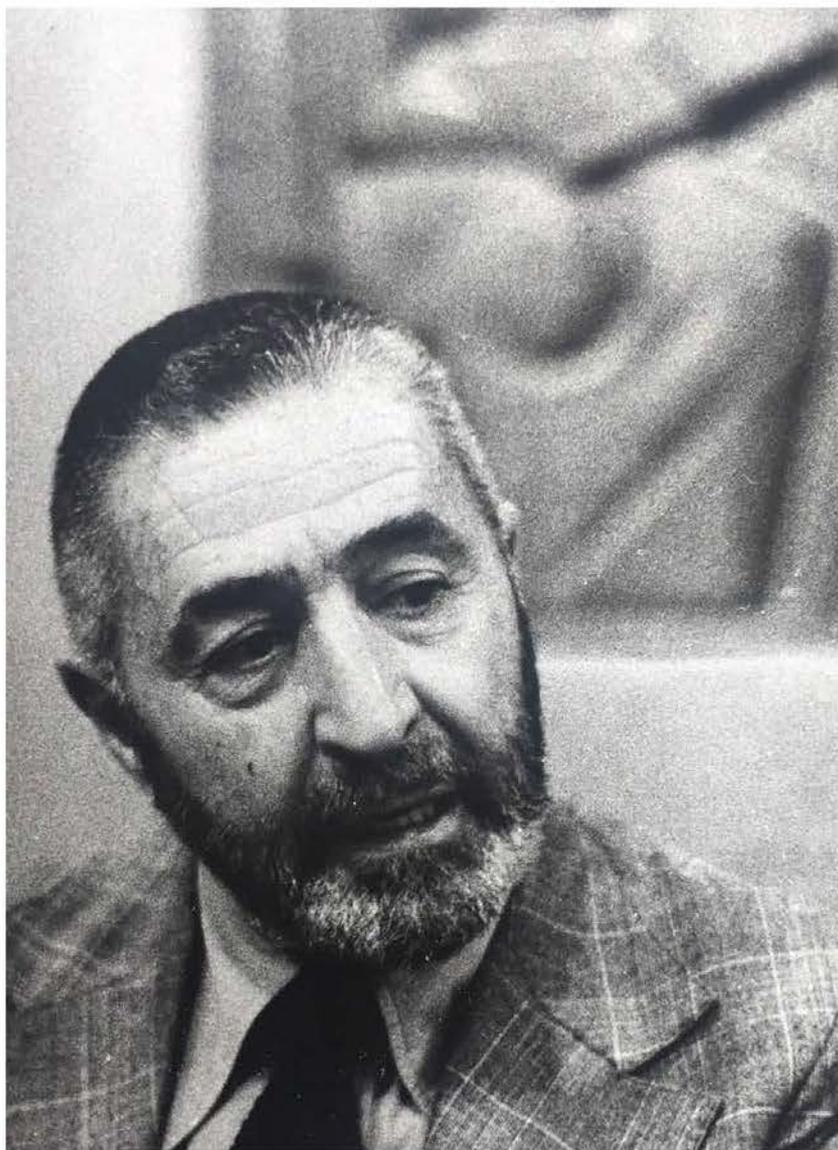
El exilio, en estricto sentido, no es voluntario. Y, casi siempre, es individual. Aunque para «nosotros» el exilio al que, sin más, nos referimos, se entiende como un destierro colectivo, está compuesto por tantos exilios particulares como personas fueron exiladas.

Aunque se podría considerar una circunstancia transitoria, se convierte, en la experiencia personal, en una condición que marca la existencia del exilado. Y esa condición vital, intransferible, se convierte, a su vez, en una reivindicación de su causa, que pretende subvertir el resultado de un conflicto. Un conflicto de identidad personal y colectivo.

El exiliado busca su lugar en el mundo. Habiendo sido expulsado de su patria, convertida en «matria»¹ en su recuerdo, su arraigo en la tierra de acogida resulta casi siempre forzado por unas circunstancias que le son impuestas y por lo tanto ajenas [1].

El subsiguiente proceso de adaptación a un lugar ya poseído por otros, de aceptación y/o rechazo, conmueve en profundidad la propia esencia del exilado. El haber sido previamente desposeído del suyo, condiciona los procesos de apropiación del nuevo lugar, que tiende, así, a no ser, a ser un no-lugar permanente, y el exilado alguien sin lugar, permanentemente fuera de lugar.

Es a partir de ese extrañamiento social y de lugar que caracteriza a la condición del exilado, cuando podemos ampliar la aplicación del término a distintas circunstancias personales que, aun no respondiendo estrictamente a esa condición de partida, se le pueden asimilar.



En este sentido, el llamado exilio interior, responde en general, a una decisión personal no forzada desde fuera y que supone un posicionamiento intelectual de rechazo al entorno dominante. Apurando, podría hablar de autoexilio al referirme a la situación personal asumida conscientemente como reivindicación de lo individual frente a las convenciones y a la alienación colectiva. Como una muestra de resistencia solitaria, reivindicativa o beligerante, simplemente indiferente, estética (dandismo) o de distinción o de abandono. También expiatoria, monacal o ascética. De autodisciplina, casi siempre².

Entre el extranjero (mejor el extraño) de Camus o el lúcido (y por ello rechazado) posicionamiento de Arendt, frente a los convenios de autoexculpación implícitamente asumidos, el autoexilio exige una voluntad precisa y la asunción del rechazo como peaje ineludible (por ejemplo, Benjamín y Machado. Con actitudes tan distintas y sin embargo con finales tan parecidos).

1. En su origen, la sociedad matriarcal propició la acumulación necesaria para fijar a un lugar el Patrimonio custodiado por el patriarca y desde ahí su transmisión a la estirpe.

La Patria es así el lugar al que se adhiere el patrimonio. La Patria (the fatherland), en esencia, por otra parte y referida a la familia, es el hogar (the homeland) y la tumba del ancestro fundador que la señala, como puso en evidencia Fustel de Coulanges. Sin embargo, en la memoria personal y familiar se recuerda a la madre patria, uniendo en el término dos conceptos estructuralmente distintos, si no contrapuestos, pero profundamente unidos por la formación de la familia, origen del parentesco. Asimismo, cuando hablamos de la Madre tierra, vinculamos a la madre el lugar, lo concreto, que se reconoce como patria cuando le asignamos el patrimonio, como algo añadido y, en algún caso, independiente (el patrimonio cultural en ocasiones, trasladable a "otro" lugar).

Teniendo en cuenta que el desarraigo producido por el exilio afecta al alejamiento del lugar del origen, como de un arrancamiento del cordón umbilical que une al alejado con su propia memoria, la Patria deberíamos mejor llamarla Matria, subrayando así el sentido del lugar como claustro materno original del exiliado. Por ello la Memoria revierte a la madre, a la matriz, en definitiva, a la infancia, a la pérdida, pero no olvidada, inocencia. La memoria melancólica es la propia del exilado.

[1] «EL EXILIADO BUSCA SU LUGAR EN EL MUNDO. HABIENDO SIDO EXPULSADO DE SU PATRIA, CONVERTIDA EN 'MATRIA' EN SU RECUERDO, SU ARRAIGO EN LA TIERRA DE ACOGIDA RESULTA CASI SIEMPRE FORZADO POR UNAS CIRCUNSTANCIAS QUE LE SON IMPUESTAS Y POR LO TANTO AJENAS.»



[2] «EN LAS VIVENCIAS QUE LOS ARQUITECTOS EXILIADOS ME FUERON TRANSMITIENDO, CASI SIEMPRE SE SUPERPONÍAN LAS REFERENCIAS A SU CONDICIÓN FRENTE A SUS TRABAJOS PROFESIONALES.»

También es, en cierto sentido, un exilio el rechazo interesado, cercano al ninguneo, puesto en práctica como defensa grupal ante quien es insobornable. La verdadera independencia, especialmente la intelectual, se constata con el silencio de quienes, actuando como cómplices, pretenden aislar a quien no pueden controlar, callando a quien pone en evidencia sus contradicciones y sus incoherencias, desnudando sus intereses subterráneos, sus mezquindades.

El caso, tintado de ternura, de Orhan Pamuk, casi arquitecto y quizás por ello capaz de evocar con tanta eficacia la noción de pertenencia a un lugar, evidencia la incertidumbre de quien formando parte de forma simultánea a dos mundos distintos, conceptualmente distantes, se siente en ambos exiliado.

Esta situación, llena de ambigüedad, de no ser del todo ya, una vez desterrado, ni de aquí ni de allá, marca decisivamente, con una sutil angustia vital, la condición del exiliado.

La desilusión, el desencanto, albergan la nostalgia, Y también el desgarró. Porque, en el fondo, todo exiliado diría con Ferreiro³:

*Pido una patria al mundo.
Quiero llenar de sangre renovada,
De savia fértil, de humus germinante,
El yermo corazón de un desterrado.*

Una experiencia personal. Arquitectura y exilio

En el sentido convencional, yo nunca fui exilado. Y sin embargo el exilio, para mí, hace tiempo constituye un conflicto intelectual. Se me hizo presente desde una perspectiva digamos que «historiográfica» y crítica. De interpretación. Pretendiendo aclarar la importancia real que la ausencia de un significativo conjunto de arquitectos españoles pudo tener en

2. El caso de María Moliner, entre otros, puede servir de ejemplo de esa condición asumida en un silencio productivo que devuelve a sus compatriotas, sin distinción, lo que algunos de ellos pretendieron quitarle.

3. Celso Emilio Ferreiro. "Viaje al País de los enanos". Barcelona, 1968. Traducción de Xesús Alonso Montero. Pág. 41.

el desarrollo de la arquitectura realizada en España, tras la Guerra Civil, inicié hacia 1970 una investigación sobre la arquitectura realizada por ese puñado de profesionales obligados a reemprender su trabajo en el exilio. Ese propósito me permitió conocer a algunos de sus protagonistas y su arquitectura⁴.

En las vivencias que los arquitectos exiliados me fueron transmitiendo, casi siempre se superponían las referencias a su condición frente a sus trabajos profesionales [2].

Esas observaciones, repetidas, fueron abriendo una brecha entre biografía personal y producción arquitectónica.

Desde ésta, como no podría ser de otra forma dada la disparidad extraordinaria de experiencias, circunstancias geográficas, culturales y poéticas, la producción arquitectónica de los exiliados españoles presentaba una «dispersión» extraordinaria. En escasas ocasiones, pudieron desarrollar su carrera en coherencia con lo que con anterioridad habían iniciado en España.

Lo que, tiempo después, fue calificado como «desplazamiento», en el sentido de pérdida del protagonismo de lo arquitectónico frente a lo biográfico, no respecto a la arquitectura construida en «otro» lugar, fue tomando forma al constatar cómo los arquitectos con los que establecí contacto tendían inevitablemente a anteponer su experiencia vital a su práctica profesional, que resultaba, así, desplazada en su interés a una posición secundaria, de puro pragmatismo.

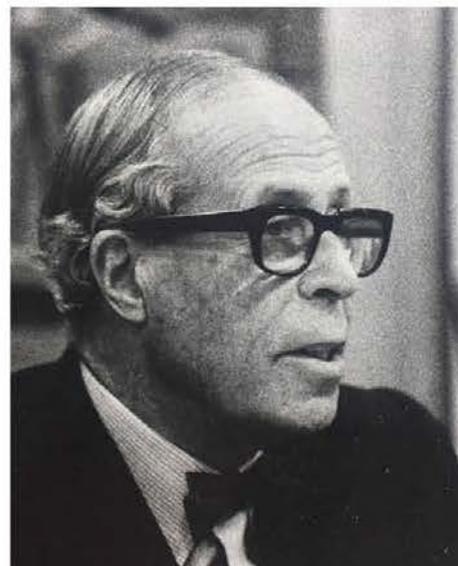
El interés por la Arquitectura entendida como ejercicio intelectual o práctica artístico-técnica, sólo logró mantenerse en primer plano frente a su ejercicio pragmático en algunas circunstancias y en algunos autores. Cuando aquéllas fueron favorables, bien por la importancia del encargo, el interés del cliente, o la complicidad del medio, afloró como posibilidad de reivindicación personal de la cultura aprendida, de la expresión poética adormecida por lo circunstancial, o de la energía competitiva que impulsa a la distinción. Sólo en algún autor, ese interés se mostró como parte sustancial de la necesidad vital, del temperamento o de la convicción. Casi siempre, sin embargo, sucumbió ante la urgencia de la situación.

Fue la ideología, en esas circunstancias, quien asumió el lugar privilegiado en la experiencia de los profesionales desplazados, ellos sí, por el exilio. Y desde esa percepción se recibió su trabajo profesional, desvirtuando la calidad por su interpretación.

Desligar una circunstancia, el exilio, del valor intrínseco de la arquitectura producida de esa forma, constituyó para mí un ejercicio de interpretación a la «contra» por lo establecido a priori como «correcto» por la crítica. Siendo mi interés ése y no otro, en cierto modo me sentí exiliado. De los grupúsculos de presión «ideológico-intelectual», de reivindicaciones varias, de pretextos para acceder al protagonismo por vías accesorias...

Dejando a un lado la empatía personal con quienes sufrieron en sus carnes el extrañamiento y el desarraigo, mi interés por la arquitectura realizada en el exilio se fue centrando en tres casos muy distintos que podían servir como paradigmas de situaciones concretas⁵.

El exilio de Sert, el de Bonet y el de Candela, son bien distintos entre sí. Aunque los tres me sirvieron, cada uno a su modo, para pensar



[3] «SERT VIVIÓ UN EXILIO 'DISTINGUIDO' AL AMPARO DE UN PRESTIGIO YA CONSOLIDADO Y DE UNAS RELACIONES INTERNACIONALES QUE LE PERMITIERON SALVAR LAS DIFICULTADES PROPIAS DEL ALEJAMIENTO SIN TRAUMAS PROFESIONALES.» [P+C]

4. Giner de los Ríos, Bernardo. *50 años de arquitectura española. (1900-1950)*. Ed. Patria. México, 1952. La lista propuesta por Giner de los Ríos, más que su inocua valoración, fue el punto de partida.

5. Los contactos que, desde entonces, tuve con Sert y Candela, como antes con Bonet, aislados en el tiempo y en el espacio, constituyen recuerdos entrañables para mi historia personal.



[4] «CANDELA, EN CAMBIO, SE INICIÓ EN LA PROFESIÓN COMO EXILADO. SIN TRAYECTORIA ANTERIOR, SU EXTRAÑAMIENTO NO SUPUSO UN CAMBIO NI UNA RENUNCIA EN SU EXPERIENCIA PROFESIONAL.» [P+C]

[5] «BONET, ERA UN CASO INTERMEDIO. RECIÉN INICIADO EN LAS POÉTICAS RACIONALISTAS DE LA MANO DE SERT Y CORBU, UTILIZÓ LA LEJANÍA COMO UN DESCUBRIMIENTO DE SU PROPIA LIBERTAD EXPRESIVA.» [P+C]



que, en cierto sentido, esa condición podía interpretarse como sinónimo de independencia intelectual, y, desde esa perspectiva, liberadora de dependencias y de coartadas, Sert vivió un exilio 'distinguido' al amparo de un prestigio ya consolidado y de unas relaciones internacionales que le permitieron salvar las dificultades propias del alejamiento sin traumas profesionales [3]. Incluso podría afirmarse que, en algún sentido, como la posibilidad de acceso a ciertos encargos, beneficiaron una carrera internacional a la que difícilmente habría podido acceder desde la España de posguerra.

Candela, en cambio, se inició en la profesión como exilado. Sin trayectoria anterior, su extrañamiento no supuso un cambio ni una renuncia en su experiencia profesional [4]. Empezar de cero, en su caso, tenía la ventaja de no tener deudas poéticas. Algo, en el fondo, excelente para quien era un inventor de superficies constructoras de espacios abstractos.

Bonet, era un caso intermedio. Recién iniciado en las poéticas racionalistas de la mano de Sert y Corbu, utilizó la lejanía como un descubrimiento de su propia libertad expresiva [5], superando los posicionamientos ideológicos de los manifiestos de Austral, con una práctica expresiva que sintetizó razón y sentimiento en unas intuiciones formales de excepción.

Un arquitecto ya consolidado que no torció su voluntad formal, un neófito radical y racional paradójicamente desvinculado de presupuestos formales y capaz de dar forma a las posibilidades más estrictas de la construcción y un arquitecto aun deslumbrado por la utopía de la vanguardia, capaz de hacerla realidad del modo más poético.

Tres casos en los que el exilio sirvió de acicate, y de circunstancia «favorable», para su respectivo desarrollo profesional. Tres casos en los que, contrariamente a lo que en principio cabía suponer, el exilio no fue un obstáculo. Tres casos en los que lo circunstancial no afectó a su condición de arquitectos. En ellos, la arquitectura no fue desplazada sino que, al contrario, constituyó una actividad esencial de supervivencia intelectual, y en consecuencia, profundamente asimilada a su propia personalidad.

Las arquitecturas de Bonet, Sert y Candela se presentaron de inmediato como ejemplos de lo que no puede destruir un exilio ni justificarse desde las ideologías. Cuando preparaba un trabajo sobre la arquitectura española de Antonio Bonet, publicado en 1978 por Nueva Visión, con Federico Ortiz, tuve ocasión de comprobar, dejándolo escrito, cómo la vuelta desde Argentina a España del arquitecto catalán produjo un curioso efecto de aceptación inicial y posterior rechazo, por parte de la 'inteligentzia' local, cómodamente instalada en una supuesta superioridad moral apoyada en una ideología de salón, de quien sin alardes ideológicos concretos podía alterar su estatus. Manifesté entonces la mediocridad intelectual manifestada en el rechazo, un ostracismo interior de corta duración, sin embargo.

En todo caso, y por encima de su circunstancia, su condición humana, como la de otros que también considero amigos, me reafirma en la posibilidad de superar la adversidad con el coraje de querer ser. Arquitectos en el sentido que ya definió Alberti. Atletas que exploraban el cielo. Fuertes y sabios. Curiosos. Generosos.



En ellos descubrí la grandeza de un oficio, practicado de forma tan distinta, capaz de trascender la anécdota y de instalarse en el espíritu humano⁵.

Lo que no impidió que en otras experiencias descubriese algo más importante que la arquitectura para el hombre; el propio hombre. Así lo dejó manifiesto en sus escritos Luis Lacasa, así también lo profesó vitalmente Sánchez Arcas, así me lo contaron Tell Novellas, o Robles Piquer⁶. Por otra parte, sin necesidad de ser físicamente exilados, muchos arquitectos que permanecieron en la España franquista tras la Guerra Civil, sufrieron una forma de alejamiento de las fuentes con las que anteriormente estuvieron vinculados, las que nutrieron de modelos su aprendizaje y convalidaron su experiencia más culta, que puede en cierto sentido asimilarse a un exilio de Occidente⁷. Lo que ellos llamaron el aislamiento internacional, junto con el ensimismamiento favorecido por el Régimen político, provocó una mirada nostálgica, según dije en su día, dirigida hacia rincones oscuros del pasado, pero también una mirada interior, introspectiva. Esta situación provocó que algunos de ellos, los más sensibles o inteligentes, encontraran sus cualidades expresivas más profundas y, al hacerlo, reprodujeran a escala individual lo que a nivel general se conoció como autarquía. Cada uno de aquellos arquitectos fue, en estricto sentido, autárquico respecto a sus compañeros. Esa es una razón añadida para considerar equívoca su clasificación en generaciones en las que, aparte de consideraciones *epocales*, muy pocas características personales o poéticas permiten relacionarles. Esos grupos estuvieron formados por individuos muy «personalizados», cada uno de ellos como exiliados dentro de un espacio y un tiempo compartidos. Una vez desencadenado el proceso de introspección, para alguno de ellos

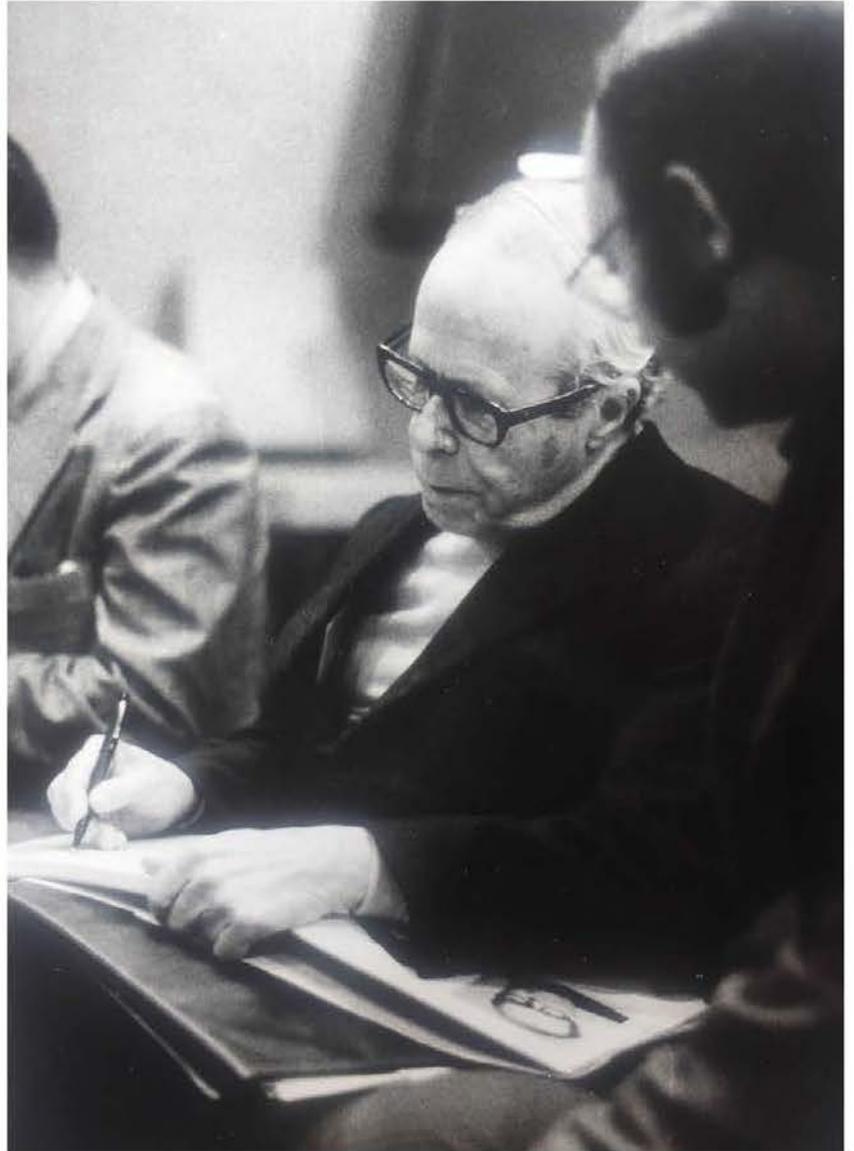
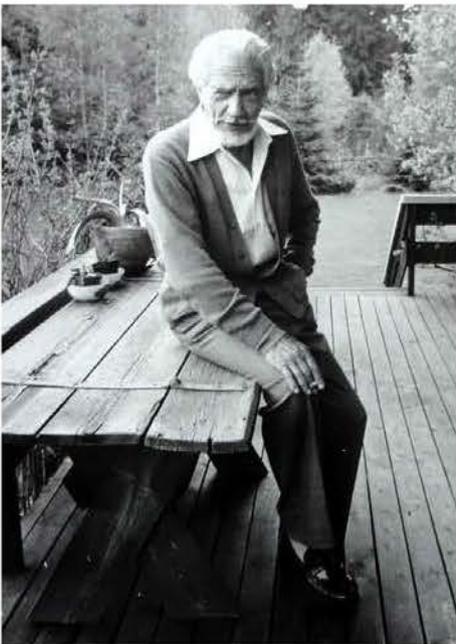
[7] «AQUEL REENCUENTRO, CELEBRADO AÚN EN VIDA DE FRANCO, SUPUSO PARA MÍ LA SATISFACCIÓN DE PODER INICIAR COLECTIVAMENTE UN PROCESO DE DESAGRAVIO, DESDE LA PROFESIÓN, A QUIENES FUERON VÍCTIMAS DE UNAS CIRCUNSTANCIAS PROPICIAS PARA LA MEDIOCRIDAD.»

6. De Tell aún conservo una carta en la que se confiesa como arquitecto. En ella manifiesta su ideario, social y bien lejano de las modas y de lo que podría entenderse como resultado de una formulación predominantemente estética, que añadido a su condición de personaje aislado en muchos aspectos, resulta conmovedora. Sin rencor ni desencanto [6]. De Robles, además de los recuerdos ligados a la exposición que le organicé en el colegio de Arquitectos de Madrid, ya fallecido, un Rasguño que me hizo en su casa de Caracas mientras recordaba...

7. Algo que describió magistralmente Stefan Zweig hasta hacersele insoportable.

[8] «LOS TRES PLANTEABAN SU ARQUITECTURA COMO CONSECUENCIA DE SU PROPIO TRABAJO INTERIOR, EN CUYA PRODUCCIÓN LA INFLUENCIA DE LO CIRCUNSTANCIAL, EL EXILIO EN GENERAL, EL DESARRAIGO, POCO TUVO QUE VER.»

[6] «DE TELL AÚN CONSERVO UNA CARTA EN LA QUE SE CONFIESA COMO ARQUITECTO. EN ELLA MANIFIESTA SU IDEARIO, SOCIAL Y BIEN LEJANO DE LAS MODAS Y DE LO QUE PODRÍA ENTENDERSE COMO RESULTADO DE UNA FORMULACIÓN PREDOMINANTEMENTE ESTÉTICA.» [P+C]



(Sota, por ejemplo), el camino emprendido resultó irreversible, «obligando» como estrategia de supervivencia y de mantenimiento de lo conseguido, a un más o menos voluntario, pero cierto, exilio interior.

Por mi parte, y con ocasión de la celebración en Madrid del XII Congreso de la Unión Internacional de Arquitectos, me pareció oportuno proponer un encuentro simbólico que reuniera con sus colegas a los tres más significativos arquitectos españoles “del exilio”, cuando el tiempo había ocasionado ya la desaparición de algunos de ellos, como Lacasa y Sánchez Arcas. Aquel reencuentro, celebrado aún en vida de Franco, supuso para mí la satisfacción de poder iniciar colectivamente un proceso de desagravio, desde la profesión, a quienes fueron víctimas de unas circunstancias propicias para la mediocridad [7]. El talante de los agraviados puso de manifiesto que “no ofende quien quiere sino quien puede”. La categoría humana de aquellos tres grandes arquitectos estaba a la altura de sus obras Los tres planteaban su arquitectura como



consecuencia de su propio trabajo interior, en cuya producción la influencia de lo circunstancial, el exilio en general, el desarraigo, poco tuvo que ver [8]. Sin embargo, su condición humana e intelectual podía considerarse la verdadera responsable de los resultados.

Al igual que alguno de los que sufrieron el extrañamiento exterior, la soledad intelectual a la que se enfrentaron fortaleció su 'autoritas'. De esa forma, en España floreció, contra la adversidad material e intelectual generalizadas, un conjunto bastante numeroso de arquitectos de un nivel extraordinario. Junto con los que se forjaron con iguales herramientas intelectuales en el exilio exterior, pusieron en evidencia la capacidad del individuo para superar lo circunstancial trabajando con valor y constancia sobre lo esencial.

Las distintas formas posibles del exilio, referido al ámbito de la Arquitectura, no permiten, a mi entender y en definitiva, trasladar a lo esencial, el propio valor de la obra pensada y/o construida, el correspondiente trauma personal que supone el desarraigo del lugar del origen, ni la soledad del aislamiento. El exilio, del tipo que sea, como su invocación ideológica, no es un valor más allá de lo circunstancial y biográfico. Es una situación, en general un obstáculo, en muchos casos un acicate. Es el esfuerzo personal por mantener la memoria interior, la cultura asimilada, el responsable último de la superación de lo contingente, del exilio en este caso.

La relación del arquitecto con el contexto, su capacidad para emocionar al otro, se da como condición necesaria para transformar un sitio en un lugar. O eso parece porque así se acepta. Sin embargo, el desarraigo del exilio me plantea una duda. Cómo es posible conseguir la

[9] «DE ESO CREO QUE HABRÍA QUE HABLAR. DE LA SOLEDAD DEL CORREDOR DE FONDO, DE LA DE LA INDEPENDENCIA Y DE LA FE EN UNO MISMO. DE QUE, AL FINAL, LAS CIRCUNSTANCIAS SOMOS NOSOTROS MISMOS Y NO LOS OTROS.»



[10] «EN ESTE SENTIDO, LAS SOLEDADES A LAS QUE ME REFIERO SIEMPRE SON UNA MISMA. A VECES LA LLAMAMOS CONCIENCIA Y SIEMPRE CONSTITUYEN NUESTRA INTRANSFERIBLE MEMORIA PERSONAL.»

emoción desde el margen, desde el desarraigo, con las raíces a la intemperie, como un ejercicio liberado del contexto original y centrado en las propias necesidades intelectuales y sensibles.

A veces es posible. Cuando, contra las circunstancias, se actúa con valor y constancia. Con voluntad y asumiendo los riesgos de la soledad.

De eso creo que habría que hablar. De la soledad del corredor de fondo, de la de la independencia y de la fe en uno mismo. De que, al final, las circunstancias somos nosotros mismos y no los otros [9]. La conjunción copulativa con que Ortega ligó los dos conceptos, el yo y las circunstancias, desaparece cuando el yo absorbe la circunstancia para hacerla condición existencial.

En este sentido, las soledades a las que me refiero siempre son una misma. A veces la llamamos conciencia y siempre constituyen nuestra intransferible memoria personal [10].

De la que no se puede hablar, de la que, quizás, no se deba hablar. La que se construye con actos y se justifica con hechos.



A fin de cuentas...

Cuando Jep Gambardella, el arrogante y displicente escritor-periodista, protagonista del film de Sorrentino "La Grande Bellezza", pretende entrevistar a sor María, una monja anciana, casi de cartón, inexpresiva y autista, se plantean dos cuestiones que van a recibir dos respuestas sorprendentes.

La primera, formulada en el transcurso de una cena surrealista en la que estuvieron presentes todo género de inverosímiles personajes, respecto a por qué se niega a dar entrevistas y explicar su modo de vida, su pobreza, la monja manifiesta con laconismo: "La pobreza no se explica, se vive".

La segunda, realizada el día siguiente, de madrugada, ante una magnífica panorámica romana con flamencos posados en la balaustrada de la terraza del anfitrión, sor María explica la razón de su absoluta dieta a base de raíces, afirma que "[ella] sólo come raíces, porque las raíces son importantes".

La primera respuesta me sirve para justificar por qué prefiero no hablar del "exilio" de otros. El exilio, no se explica, se vive.

La segunda, me reafirma en la dieta intelectual que persigo. Sólo las raíces son importantes. El exilio, para mí, trata de las raíces.

*

Epílogo

Debo explicar que en 1974 propuse al Colegio de Arquitectos de Galicia, cuyo decano era entonces Andrés Fernández Albalat [11], la celebración

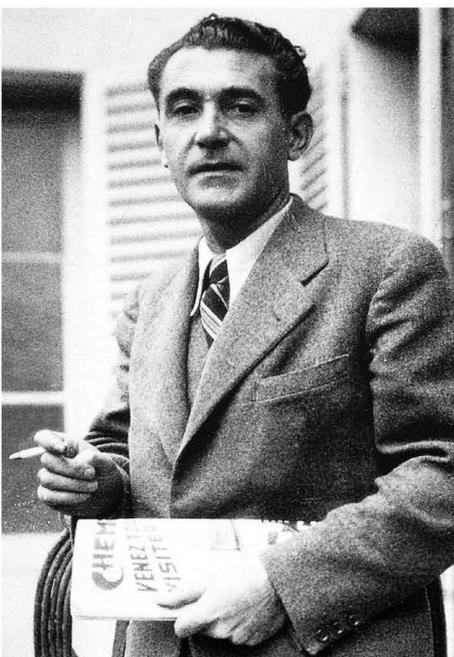
[11] «EN 1974 PROPUSE AL COLEGIO DE ARQUITECTOS DE GALICIA, CUYO DECANO ERA ENTONCES ANDRÉS FERNÁNDEZ ALBALAT, LA CELEBRACIÓN EN SANTIAGO DE COMPOSTELA DE UN ENCUENTRO CON ALGUNOS ARQUITECTOS ESPAÑOLES EXILIADOS Y DEPURADOS PROFESIONALMENTE TRAS LA GUERRA CIVIL.» [FERNÁNDEZ ALBALAT CON SU HIJO ANDRÉS, 30/04/017] [P+C]





[12] «SE ORGANIZÓ TODO PARA QUE EN JUNIO DEL 75 EL ENCUENTRO SIRVIESE DE DESAGRAVIO AL GRUPO DE ARQUITECTOS EXILIADOS, SIMBÓLICAMENTE REPRESENTADOS POR SERT, BONET Y CANDELA.» [ALGUNOS ARQUITECTOS ESPAÑOLES DEPURADOS, CSCAE] [P+C]

[13 y 14] «MUCHO TIEMPO DESPUÉS, TRAS UN LARGUÍSIMO SILENCIO, PROBABLEMENTE *INTENCIONADO*, SOBRE AQUEL ACONTECIMIENTO, HENRY VICENTE, COMISARIO DE UNA EXCELENTE EXPOSICIÓN SOBRE LAS *ARQUITECTURAS DESPLAZADAS*, RECUPERÓ AQUEL ENCUENTRO.» [LUIS LACASA NAVARRO, 1899-1996 (PÁGINA ANTERIOR) Y MANUEL SÁNCHEZ ARCAS, 1897-1970] [P+C]



en Santiago de Compostela de un «encuentro» con algunos arquitectos españoles exiliados y depurados profesionalmente tras la Guerra Civil. Creía que era un deber moral de sus colegas reparar en la medida de lo posible el daño causado por aquella nefasta decisión. Me parecía oportuno hacerlo aprovechando la celebración en Madrid del XII Congreso de la UIA, convocado para 1975. En ese Congreso estaba prevista la asistencia de dos grandes arquitectos exiliados: José Luis Sert y Félix Candela, lo que facilitaría el invitarles a Santiago tras su asistencia al Congreso de Madrid. La relación que entonces tenía con Bonet y la amistad de éste con Sert, facilitarían que los tres aceptasen la invitación que se les hiciese.

La propuesta fue aceptada, apoyada por los miembros de la Junta de Gobierno, en la que estaban además buenos amigos, Javier Suances, Rafael Baltar, y Manuel Gallego entre otros.

Cuando preparaba el Encuentro, Sert estaba esperando una noticia desde España. Invitado como ponente al Congreso de la UIA, había puesto como condición para asistir al mismo el que se le restituyera el título profesional quitado por la depuración de la posguerra. Me llamó Rafael de la Hoz, como Presidente del Congreso para encargarme que, ya que yo tenía que hablar con Sert para concretar su presencia en Santiago, le comunicase la reposición de su título profesional a todos los efectos. Así lo hice encantado. Por teléfono le comuniqué a Sert la esperada noticia diciéndole que ya *volvía a ser arquitecto español*.

Se organizó todo para que en Junio del 75 el Encuentro sirviese de desagravio al grupo de arquitectos exiliados, simbólicamente representados por Sert, Bonet y Candela [12].

Siempre creí que los Colegios tenían su razón de ser diferencial en el sentido de pertenencia a un colectivo que basaba su coherencia en la defensa de la ética profesional y civil, más allá de los intereses económicos o de clase. Por ello era difícilmente soportable lo sucedido tras la Guerra. En Junio del 75, todavía vivía Franco. El encuentro en Santiago tenía por ello un aire reivindicativo un tanto especial. Baltar preparó un cartel en el que cruzaba los tres apellidos formando con sus letras una especie de estructura inestable pero sólida.

En el Hostal de los Reyes Católicos, lugar emblemático en el que restañar heridas, presenté a los tres conferenciantes que expusieron el conjunto de su obra y hablaron distendidamente y sin acritud alguna de su exilio ante un público compuesto principalmente por arquitectos gallegos y alguno venido de fuera. Entre éstos tenía para mí especial importancia la presencia de José-María García de Paredes⁸ con quien por entonces trabajaba también sobre su obra.

Además de las conferencias, celebradas los días 17, 18 y 19 de junio⁹, realizamos varias excursiones breves por Galicia, que ellos apenas conocían. El Encuentro, lo fue de veras entrañable y familiar. Sert, Bonet y Candela, con sus esposas, recibieron el trato que se merecían acompañados de algunos de los asistentes y de los organizadores. De esa ocasión surgieron amistades duraderas.

El impacto del Encuentro fue profundo entre los asistentes, aunque tímido entre los medios, quizás sorprendidos y probablemente aún sumidos en un cierto *temor franquista*.

En mi memoria personal han quedado grabados algunos recuerdos imborrables. Entre ellos, un paseo nocturno con Sert por la plaza de la Quintana, silenciosa y vacía, en la que sólo se escuchaban nuestros pasos en su monumental espacio de piedra. O las emotivas dedicatorias de Candela y de Sert en sus monografías. O cómo Candela viajando conmigo camino de Combarro me hablaba de su memoria de España.

Después de aquello, seguí viendo a Bonet de forma habitual. Me vi con Candela en varias ocasiones. En Santiago me dijo: *qué valor tienes al organizar este Encuentro*. Supongo que se refería al contexto político, para él muy confuso. Allí me propuso estudiar su obra en una monografía a partir de su archivo americano. Entonces me resultaba imposible. Perdí una ocasión de exiliarme una temporada. A veces, cuando venía a Madrid, me llamaba y nos veíamos. La última vez, en 1996, desayuné con él en la calle Mayor y me enseñó encantado las excelentes fotos de un libro japonés sobre su obra. Sert me envió desde entonces cariñosos recuerdos navideños y alguna carta breve.

Mucho tiempo después, tras un larguísimo silencio, probablemente *intencionado*, sobre aquel acontecimiento, Henry Vicente, comisario de una excelente exposición sobre las *arquitecturas desplazadas*, recuperó aquel encuentro [13] contextualizando debidamente su importancia. Habían pasado *sólo* 32 años.■

8. José-María García de Paredes trabó en Santiago una muy buena relación con Sert, al que invitó años después, en el 78, a la inauguración del Auditorio Manuel de Falla en Granada. Sert escribió entonces un artículo sobre el edificio, que junto con el que yo hice, se publicaron en la revista *Bellas Artes*.

9. Publicadas por mí mucho más tarde, en 1995, a partir de las transcripciones literales realizadas entonces y de notas manuscritas de los conferenciantes, que conservo, en el número 303 de *Arquitectura* (pp. 21-75).



Miguel-Ángel Baldellou Santolaria es catedrático de Composición Arquitectónica desde abril de 1987. Universidad Politécnica de Madrid.